

LIBRO DÉCIMOQUINTO

Renace el geuio de las conquistas.—Esplendor de las artes y de las letras.—Invasión de las ideas paganas.—Reformas protestante y católica.—Guerras civiles y religiosas.—Restauración de las ciencias.

CAPÍTULO PRIMERO

ASPECTO GENERAL.—EL IMPERIO.

El campo sobre el cual se dirige la atención de la historia, se ensancha de día en día. Entre los Estados del Asia, el imperio chino decae hasta que se encuentra bajo la dominación extranjera (1644); los Sofis de Persia declinan (1500-1722); sostienen los mongoles con trabajo en la India (1526-1739), y sucumben en Occidente; historias parciales, de las que no puede salir aun un conjunto ni un plan seguido. El poder de los turcos se ha entronizado en Europa donde su infantería regular de genizaros y sus fuerzas marítimas se hacen temibles; aun no han perdido la esperanza de derrocar la cruz de las cúpulas de San Esteban y del Vaticano, y sustituirle la media luna. De todos modos, mézclanse ya á los europeos con tratados y embajadas, y comienzan á decaer desde el momento en que se enfria su fanatismo feroz y sanguinario: Venecia y Hungría los rechazan con las armas; y Portugal y España les arrebatan el comercio, trasladándolo del Mediterráneo al Océano.

Al mismo tiempo que el descubrimiento de la América y el paso por el cabo de Buena Esperanza, imprimen al comercio una diferencia diferente, é introducen en la existencia nuevas necesidades y nuevos medios de bienestar, dirigen la política hácia otros intereses relativos á las especulaciones mercantiles, á las colonias y al acrecentamiento del numerario. Estos cambios, unidos á los del sistema militar y al del derecho público, no dejan ya predominar por todas partes una sola idea moral, sino que cada Estado se dirige á conseguir sus

propios intereses, tales como una provincia que conquistar, un matrimonio que concluir ó una sucesión que alcanzar, un equilibrio que establecer (1).

Una vez terminada la guerra de los reyes con los vasallos, y la de los concejos con los feudatarios, comienza la de pueblo contra pueblo, y la de gobierno contra gobierno. El sistema municipal y el feudal, que aun prevalecían en la época anterior, se han reemplazado en la actualidad por dos ó tres grandes Estados, á los que los demás siguen como satélites. Entregado ya el pueblo á la industria y á las letras, no ocasiona las conmociones interiores que constituyen la parte dramática de la antigüedad y de la Edad Media; y de la concentración de los negocios en manos de los príncipes y de los ministros, resulta la política de gabinete, desconocida hasta entonces.

Monótona sería la época de la historia moderna, si no se encontrasen en ella todas las graduaciones que ofrecen las formas de gobierno; monárquico y hereditario en Francia y en España; electivo en Polonia, ilimitado en Rusia; constitucional en Hungría, nominal en Alemania, teocrático en

(1) HEEREN, *Manual de historia moderna*.
SCHOELL, *Curso de historia moderna*.
FILON.—*Historia de la Europa en el siglo XVI*. Paris, 1838.
L. RANKE.—*Deutsche Geschichte in Zeitalter des Reformations*. Berlin, 1839.

Roma y feudal en los pequeños Estados italianos; repúblicas oligárquicas como las de los alemanes; aristocráticas como las de Venecia y Génova; aristocracia militar en la orden teutónica; democracia pura en Schwitz. Uri y Unterwald; oligarquía mercantil en Lubeck. Esta variedad hizo adelantar considerablemente las ideas políticas.

Pero las repúblicas son eclipsadas por el elemento monárquico; los concejos italianos declinan bruscamente; la Suiza, Estado sin cohesión, no puede adquirir más influencia que la que le dan sus armas, empleadas primero generosamente en defensa de su independencia, y vendidas después para amenazar a los otros. Sólo las provincias unidas de Holanda se consideran capaces de marchar a la par con los grandes Estados. Como éstos todos son monárquicos, no es ya el pueblo el que da impulso a las grandes empresas; no es ya el sentimiento el que domina ni las simpatías nacionales, sino el interés; no son ya los arrebatos instintivos de la juventud, sino los cálculos de la edad adulta.

Así la Europa viene a formar un todo conjunto y sobrepuso en mucho a las demás partes del mundo. Pero fácilmente se hubiera convertido en un despotismo universal, si no se hubiese establecido un sistema de gobierno, del cual surgió un nuevo derecho público entre todos los miembros de este cuerpo. No pudiendo ya confiarse a un sólo la garantía de todos los derechos, se establecieron contrapesos que impidiesen a un Estado elevarse sobre los demás; sistema ya usado en Grecia, renovado en Italia, pero que sólo en la Edad Moderna llega a ser regla suprema, después que había cesado toda idea más sublime. Mientras que en Asia hemos siempre visto, que al momento en que un Estado se hacía preponderante, los demás eran destruidos ó arrastrados en su seguimiento, en Europa, por el contrario, y sobre todo en los siglos nuevos, hay dos ó más que forman contrapeso, impidiendo que uno solo oprima a los demás. Uniéndose los más débiles a aquel que hace frente a un adversario amenazador, sostienen un equilibrio que resulta, no de que haya entre ellos igualdad de fuerzas materiales, sino de que se mantenga recíprocamente el respeto.

De aquí la necesidad de vigilarse mutuamente, combinar alianzas, sostener embajadores, de tal manera, que la diplomacia es el instrumento principal de conciliación y enemistad. De aquí también la importancia de los pequeños Estados; y si en otro tiempo los matrimonios reales atraían algunos feudos a la corona, cambian en la actualidad las relaciones entre los países, é influyen sobre la historia. Habiendo prevalecido la costumbre de que los príncipes no se casasen sino con princesas, los imperios más poderosos hubieran podido entroncar unos con otros, si no se hubiera hallado el espediente de ir a buscar entre los pequeños príncipes de Alemania enlaces que sin inspirar temores, procuraban a los menos fuertes

un necesario apoyo. El derecho público introducido por la diplomacia sobrepusando las obligaciones del derecho de gentes, desciende a conveniencias particulares, y hasta a un inviolable ceremonial, que por ridículo que parezca a primera vista, sirve sin embargo para atestiguar la independencia política de cada Estado.

Así es que aunque las grandes naciones se dirigen a absorber a las pequeñas por las conquistas ó los matrimonios, las monarquías a las repúblicas, los países hereditarios a los que eran electivos, cada nación permanecía con el reconocimiento de su derecho, como propietaria legítima de sí misma: así es que cuando fué violada esta propiedad con la partición de la Polonia, no sólo resultaron quejas sino deplorables trastornos.

Esta imprescriptible legitimidad, los tratados parciales y las conveniencias nacionales, son los fundamentos del nuevo derecho, fundamentos arbitrarios y opuestos entre sí, aunque cada uno se pretende esencial; lo que hizo que cada ambicioso pudiese dedicarse por uno u otro plan, según el interés que tenía, y causar de esta manera guerras proclamadas como legítimas, ya que no como justas.

En medio de los intereses particulares, aun quedaban algunos intereses comunes. En primer lugar, existían los religiosos, en los que la influencia del soberano pontífice declinaba cada día más, hasta que el choque de las opiniones literarias ó populares, concluyó por dividir a la Europa en dos fracciones, la una católica y la otra no católica. A veces también debían los Estados ponerse acordes para rechazar las amenazas de los turcos, que en aquel movimiento hacia la monarquía, se presentaban como obstáculo, del mismo modo que en el día la Rusia, al movimiento que se dirige hacia la república.

Las colonias, que eran la diadema de oro de los reinos de Europa, determinaban sus alianzas ó sus enemistades; las metrópolis se resentían de ellas sobre todo, por las medidas escepcionales de economía política que necesitan; crece el poder marítimo hasta el punto de que las querellas no se deciden ya sólo con las batallas en tierra.

El desarrollo del pensamiento, y mayor facilidad en los medios de comunicarlo con el estudio de las lenguas, la prensa y los correos, llaman más la atención. De esta manera se equilibra la cultura intelectual entre los diferentes países; las invenciones de los unos son comunes a los otros, la república de las ciencias, no es un vano nombre: y así como la Europa, no contenta con sus propios progresos, quiere extender la civilización por todo el mundo, las colonias establecidas en los países últimamente descubiertos, se cambian en nuevos focos de civilización.

Pero ésta, conserva aun en su naturaleza alguna cosa del carácter originario, y el antagonismo entre las naciones meridionales de raza romana, y las septentrionales de tudesca, no ha desaparecido;

déjase, por el contrario, sentir en los accidentes en que menos se espera. Al Occidente, sin embargo, es donde se encuentran las cinco potencias, donde la civilización estaba más adelantada, al paso que en Levante las poblaciones eslavas, ocupadas en rechazar los restos de los bárbaros, y en evitar las nuevas invasiones, son más lentas en civilizarse.

El trabajo con que cada Estado se constituye, no está enteramente consumado en el interior. En algunos las buenas instituciones, que servían de correctivo a los abusos, han perecido. El fraccionamiento de territorio, los pactos comunes, las leyes suntuarias y prohibitivas, los privilegios, las prohibiciones, las cazas y las pescas reservadas continúan subsistiendo bajo nuevos gobiernos; pero sin los contrapesos que el tiempo y la fuerza de las cosas, y no el buen sentido, habían colocado a su lado. Entre los pueblos de raza germánica, el gobierno sacaba su origen de la igualdad de varios jefes que se reunían para hacer la guerra bajo las órdenes de uno sólo, y al que les unía un vínculo de lealtad. Se habían trasladado bajo esta forma a los países conquistados: y en su consecuencia, en todas partes había un príncipe con una nobleza tanto elevada como baja, y el clero, que más ó menos poderoso, formaba los primeros cuerpos del Estado, exento de impuestos, y participando en diferentes grados del poder legislativo. Los campesinos ó villanos permanecían en muchos países sujetos al terruño, y privados en todos de representación civil. Pero los concejos sobrevivían en la clase media, que había crecido con ayuda de la industria, y que en varios lugares había obtenido el derecho de hacerse oír en las asambleas por sus diputados, sobre todo, en la votación de las contribuciones.

En aquellos países, el rey dependía, pues, de los nobles, del clero y de las ciudades; porque, sobre todo al principio de los imperios centralizados, se ignoraba aun la ciencia rentística, no se tenían en pie más que ejércitos poco numerosos, y los capitanes aventureros, con el objeto de vender bien sus servicios, sostenían la preocupación de que la caballería era preferida a la infantería. Así es que los reyes, siempre pobres de dinero y no estando sostenidos por buenos reglamentos de administración, hacían consistir toda la economía pública en el arte de reunir dinero, para gastarlo en la guerra. Atrayendo entonces así las tropas y el tesoro público, tratan de libertarse de las trabas que les incomodan, sometiendo a las leyes a los mismos grandes, y disminuyendo poco a poco los vínculos de su dependencia con respecto a Roma.

Las libertades de los siglos anteriores eran el privilegio de un pequeño número, y es necesario que sucumban para ceder el puesto a la igualdad de todos. En su consecuencia, las aristocracias cesan de existir porque se oponían al pertinaz intento de los reyes de consolidar la monarquía.

En el momento en que comienza esta época, encontramos a la Escandinavia trastornada por la

Union de Calmar y estraña a las potencias europeas. La Polonia, anillo entre estas potencias y la Rusia, prepondera entre los eslavos, y amenaza a los pueblos que un día la aniquilarán, cuando las formas de un gobierno bárbaro la hayan precipitado en el desorden. Apenas emancipados los rusos del yugo tártaro, viven aun como salvajes en cabañas sin tomar parte en la política europea. Los húngaros permanecen de centinelas avanzadas contra los turcos en la frontera de Europa. Hubieran podido resistirse en union con los bohemios, engrandecerse ambos; pero en lugar de sostenerse unidos, se hacen la guerra y titubean entre la Polonia y el Austria, entre la servidumbre eslava y la servidumbre austriaca, hasta el momento en que uno y otro pueblo sufren la última.

La España había arrojado a los moros, y en el entusiasmo de su victoria, se lanza con una impetuosa para la que es estrecho el Nuevo Mundo. Acostumbrada a invocar los antiguos recuerdos, se adhiere a ellos tenazmente, y rechaza las innovaciones que procedían de Europa, con la firmeza que había desplegado contra las que tenían su origen en Africa. Pero la reunión de sus diversos reinos en uno solo, después de haber dado fuerza a Isabel y a Fernando para espulsar a los invasores extranjeros, animó a sus sucesores a derribar las cortes y los privilegios, y a hacerse déspotas, instituyendo principalmente el tribunal de la inquisición. No contento el Portugal con haber a su vez espulsado a los moros, les había hecho la guerra en Africa; y con admirable actividad llevó la religión y el comercio hasta las estremidades de la tierra.

Los bienes de los reyes de Francia que morían sin hijos volvían a la corona, y así crecía su poder. En lugar de hacer los barones la guerra al monarca, eran obsequiosos con él; de tal manera, que los extranjeros hubieron encontrado temibles adversarios en aquellos duques, que en otro tiempo les abrían paso al corazón del reino. En fin, gracias a los patrimonios, las mejores baronías habían pasado a manos de los príncipes de la sangre, que con la esperanza de ascender un día al trono, evitaban debilitarlo. Además, los dominios de los barones no se fraccionaban como en Alemania y en Italia, sino que enteros los heredaba el mayor, al paso que los demás hermanos se dedicaban a la carrera de las armas (2). De esta manera fué como aquel reino se hizo poderoso. Con Carlos el Temerario feneció el último gran vasallo (3); Carlos VIII adquirió con su matrimo-

(2) MAQUIAVELO, *Ritratti delle cose della Francia*.

(3) El ducado de Borgoña comprendía casi la novena parte del reino actual de Francia. Se extendía por un espacio de treinta leguas desde Bar-Sur-Seine, hasta Mirabel, cerca de Lion, y por treinta de anchura desde Auxonne hasta Vezelay, comprendiendo cerca de ciento veinte leguas de superficie. Este ducado, reunido a la corona en 1477.

nio el ducado de Bretaña, y pretendió la Italia. Perdieron su energía los Estados generales, y el rey hizo lo que quiso. Así es, que aunque la Francia nada poseía en lo exterior, colocada en medio de la Europa, y habiendo heredado el espíritu de conquista de Carlos de Borgoña, inspiró tanta inquietud á las potencias rivales.

En Inglaterra, las facciones de la Rosa blanca y la Rosa encarnada dieron muerte ó debilitaron hasta tal punto la nobleza, que cincuenta y tres pares, además de los obispos, habían tomado asiento en la alta cámara el año anterior á las hostilidades, al paso que no se encontraron más que veinte y cinco en el primer parlamento reunido por Enrique VII. Este príncipe consiguió en su consecuencia establecer la monarquía absoluta, que no contrabalanceaba aun la autoridad de las cámaras, arrebatando á los nobles el poder militar, las sustituciones y el derecho de asilo, y sometiendo la Irlanda á la política inglesa, para conseguir la unidad territorial. En fin, por el matrimonio de su hija con Jacobo IV, preparó también la reunion de la Escocia. La Inglaterra tenía asimismo un pie en el territorio de Francia; pero estaba bien distante del comercio activo y de la dominación de los mares que son en el día su vida.

Las causas que determinan las grandezas de estas naciones faltan á la Italia, que no conquista nuevos países, ni consolida entre sí la autoridad central, pero que se hace superior á todas por su cultura intelectual, las artes y la riqueza. Los restos de la antigua civilización aun existen allí, al mismo tiempo que el nervio de la nueva reside en el soberano pontífice. La agricultura se ejerce con prudencia, el comercio es estenso y el lujo refinado; pero al perder su vigor el carácter nacional, no deja allí ninguna opinión común para unir el país, cuando los franceses, los españoles y los turcos llegan á disputárselo, rivalizando en astucia y feroz valor.

Aumentaba las dificultades respecto á la situación del papa, la cualidad de príncipe terreno y de cabeza de la cristiandad. Poder fundado todo sobre la opinión, por lo cual se dividió cuando ésta vaciló; pero con su arte antiguo de esperar y de no ceder jamás, aún cuando pierda, se rehace al fin de sus momentáneos reveses.

En Alemania, escepto la Bula de oro y las convenciones estipuladas en cada nación, nada determinaban los derechos del Imperio, al mismo tiempo que la dignidad imperial ofrecía á un príncipe ambicioso mil medios de engrandecerse; los Estados se negaban á secundarle, y no le proporcionaban ni tropas ni dinero, aun en los casos de

continuó rigiéndose como provincia diferente, con una administración propia, derechos y privilegios. Su territorio ha formado después los departamentos de Ain, La-Cote d'Or, Saona y Loira, Yonne, y una parte de los del Aube y Alto Saona.

urgencia. Los principados, entre quienes estaba dividido el Imperio, lo reducían á una especie de federación, pero se debilitaba por las subdivisiones (4). Cierta número de señores quedaban de todos modos bajo la inmediata dependencia del emperador, así como algunas ciudades libres en su totalidad ó en parte, principalmente al Mediodía. Su riqueza las hacía importantes y mucho más si se confederaban con la Hansa del Norte ó con la liga sueva del Sur; tenían milicias vecinales y tropas á sueldo que no dejaban de ser de gran importancia en una época en la que había muy pocas regulares (5). Entre estos diversos Estados,

(4) La historia de las diferentes casas de príncipes de la Alemania en aquella época, ocupa casi enteramente los tomos XIV, XV y XVI, del *Curso de historia de los Estados europeos*, de Schoell, y es muy importante para las transacciones políticas. Como esta historia no podría de ningún modo entrar en nuestro cuadro, nos contentaremos con hacer conocer las casas que dominaban en tiempo de la reforma.

I. Casa de Sajonia. A. Rama *Ernestina*, poseía el círculo de Sajonia con el Wittenberg y casi todo el landgraviato de Turingia. B. Rama *Albertina*, poseía el margraviato de Mignia y una parte de la Turingia.

II. Casa de Wittelsbach. A. Rama principal subdividida en *a*, Rama *electoral*, que poseía el círculo del Rin, y en *b*, Rama de *Simmerm*, subdividida en Dos Puentes y Feldenz. B. Rama menor ó casa de Baviera.

III. Casa de Brandeburgo. A. Rama electoral, que poseía la marca de Brandeburgo. B. Rama margraval, en la Franconia, subdividida en Culmbach y Anspack.

IV. Casa de Hesse, de las más poderosas.

V. Casa de Mecklemburgo.

VI. Casa Brunswick. A. Rama de Luneburgo. B. Rama de Wolfenbuttel, además de la rama mayor de Grubenhagen.

VII. Casa de Wirtemberg, que de condado se hizo ducado en 1495.

VIII. Casa de Baden subdividida en 1527, en Baden y Durlack.

IX. Casa ducal de Pomerania, estinguida.

X. Casa de Cleves, estinguida.

(5) Maquiavelo (*Ritratti delle cose d'Alemagna*), escribe así:

«Nadie debe dudar del poder de Alemania porque tiene abundancia de hombres, riquezas y armas. En cuanto á sus riquezas, no hay comunidad que no tenga dinero sobrante en su tesoro, y todos dicen que solo Argentina tiene algunos millones de florines. Esto nace de que no hacen más gastos que los necesarios para tener las provisiones indispensables, y cuando han consumido parte de ellas gastan muy poco en repararlas, guardando en ello un orden admirable, porque siempre tienen los artículos de comer, beber y arder que el público necesita para un año; y de este modo procuran con su industria tener lo suficiente para sustentar en caso de sitio á la plebe y á los que viven de su trabajo por espacio de un año entero, sin que por esto esperimenten la menor pérdida. No gastan en mantener soldados porque tienen sus hombres armados y ejercitados. Los días de fiesta, en vez de otras diversiones, acostumbra á entretenerse unos manejando la escopeta, otros la pica, éstos una arma, aquéllos otra, apostando honores y otras cosas semejantes, que son para ellos muy apreciables.

diferentes en su constitución, desiguales en fuerzas, las ciudades, los nobles y la mayor parte de los príncipes no emitían sufragio en la elección del emperador y sufrían todos los inconvenientes de la división, aun cuando la comunidad de origen é idioma, así como el recuerdo de una época en que el rey dominaba sobre todos, aun los tuviese unidos.

En medio de ellos se había elevado la casa de Austria, que gracias á su posición y tenacidad, pudo prevalecer y convertir el Imperio en su patrimonio: pero se inquietó menos, administrándole, de sostener la dignidad que de favorecer sus intereses hereditarios. Estaba ocupado entonces por Maximiliano (1493-1519), que la edad de treinta y cuatro años había heredado por parte de su padre el Austria, la Estiria, la Carintia y la Carniola; por la de Segismundo, su primo, las posesiones de la otra rama austriaca, á saber: el Tirol, la Suabia y la Alsacia; en fin, por su matrimonio, Borgoña, Brisgau, Sudgau, que después cedió á su hijo Felipe, cuando apenas llegaba á su décimosexto año.

Hermoso, de maneras vivas y graciosas, amante de las letras y de las artes, pintaba, escribía, tenía conocimientos de música, arquitectura, metalurgia, geografía é historia; y cuando había aprendido una cosa no la olvidaba. Tuvo afición á la guerra; y después de haber organizado las milicias, ayudado con los consejos de Jorge Frundsberg, instituyó los *landseknecht*, infantería permanente, regimientada, armada de picas, y secundada por *reiters* á caballo. Atrevido hasta la temeridad, generoso hasta la prodigalidad, se estraviaba cazando la gamuza en las altas cimas del Tirol. Más caballeresco que los demás príncipes de su raza, amó tiernamente á Maria de Borgoña; y habiéndola perdido después de una corta unión, la lloró siempre. Mostró á su padre un respeto que no merecía. Habiéndole ofrecido el emperador una cesta de frutas y una bolsa de oro, aceptó la primera y distribuyó la otra entre los suyos. *Este será un disipador*, exclamó su padre. *No quiero, replicó, ser rey del oro sino de los que poseen oro.*

Gastan poco en salarios y otras cosas, de modo que cada comunidad es rica considerada públicamente.

La causa de que estos pueblos sean también ricos en particular, es porque viven como pobres; no edifican ni viven lujosamente, ni tienen alhajas en sus casas. Les basta estar provistos abundantemente de pan, carne y leña para una estufa que les quita el frío; y quien carece de otras cosas, pasa sin ellas y no las busca. Se gastan en el vestido dos florines en diez años, y cada uno vive en proporción según su categoría; ninguno piensa en lo que le falta, sino en aquello de que tiene absoluta necesidad, y sus necesidades son mucho menores que las nuestras...

De este modo gozan en su rústica vida y libertad; pero no quieren ir á la guerra, como no se les pague con anticipación; y aun esto no basta sino van mandados por sus comunidades. Sin embargo, necesitan mucho más dinero para los gastos de un emperador que para otro príncipe.

Frase copiada y que era un anacronismo, cuando los tiempos caballerescos cedían el puesto al predominio del oro. Precisamente porque tenía poco Maximiliano, figuró siempre tristemente. Cuando fué á casarse con Maria de Borgoña, tuvo que renovar su guardarropa para poderse presentar con decencia. Prometido de Ana de Bretaña, no pudo verificar el matrimonio por no poder hallar mil escudos de oro. Por recibir 300,000 escudos de dote, tomó por mujer á Blanca Esforcia; y aceptó de Enrique VIII un subsidio de cien coronas diarias (6) por pelear contra la Francia. Vendió por dinero los privilegios, el derecho de legitimar á los bastardos, y hasta el de crear poetas (7), y sin embargo, nunca quiso en tan gran penuria tocar al tesoro ni á las alhajas que le habían dejado sus abuelos.

El mal éxito de sus empresas le ha hecho casi ridículo en la historia. Descontentos los Países Bajos de sus tropas extranjeras, se sublevaron, y teniéndole varios días sitiado en Brujas, en casa de un boticario, no le dejaron ir sino después de haberle hecho jurar las condiciones que quisieron imponerle. Aun tuvo que sufrir otras afrentas personales, de las que tomaba nota en su *libro rojo*, sin otra consecuencia.

Gueldres y la Frisia no se consideraban como reunidas al Imperio, y los alcaldes que delegaba el emperador no eran bien vistos sino en tanto que favorecían al pueblo. Pero habiendo Maximiliano concedido hereditariamente esta dignidad al duque de Sajonia, aquellas provincias le arrojaron y se pusieron bajo la protección de Carlos, duque de Gueldres. Resultó de ello una guerra, y Maximiliano se vió obligado á interrumpirla para pelear contra los suizos. Estos montañeses se habían unido á Brunnen para la defensa de su libertad, sin romper por eso enteramente los vínculos que les unían al Imperio, cuyo jefe pretendía de tiempo en tiempo enviarles algún decreto, del que no se cuidaban. Conocía Maximiliano la necesidad de tenerlos unidos á sí por medio de una confederación de las ciudades de Suabia; pero tenían muchos motivos de descontento, y tomaron las armas.

No me provoquéis ó iré á vuestro encuentro, decía á los enviados de los grisonos. *Estese vuestra majestad este trabajo*, le respondieron; *porque nuestra gente son campesinos rústicos y no conocen las consideraciones que se deben á las testas coronadas*. En efecto, le derrotaron en Engadina, y pidieron socorro á los suizos; lo que le obligó á

(6) La corona ó escudo de Francia equivale á seis francos.

(7) Concede el 3 de agosto de 1501, á Urbano Terralunga de Alba, consejero del marqués de Monferrato, *ut facere, creare et instituire possit poetas laureatos, ac quoscunque qui in liberalibus artibus, ac maxime in carminibus, adeo profecerint, ut promoveri ad poeticam et laureatum merito possint*. TIRABOSCHI, VII, 1823.

tratar con ellos por mediación del duque de Milán. Desde entonces los vínculos que unían la Helvecia al Imperio fueron rotos por aquellas victorias, así como las primeras la habían emancipado del yugo de la casa de Austria. Con el objeto de completar los suizos su libertad, se unieron a la Francia, á la cual proporcionaron tropas.

Ya Federico III había conocido la necesidad de dar una regla al Imperio, la que se efectuó en tiempo de Maximiliano. La dieta de Worms le presentó tres proyectos: el primero, de una paz pública; el segundo de una cámara imperial, tribunal supremo de justicia, y el tercero de un consejo de gobierno, llamado regencia del imperio (1495). Conforme al primer proyecto, se publicó la *paz perpetua*, prohibiendo todo desafío, bajo pena de ser desterrado del Imperio, pagar 2.000 marcos de oro, y perder además los derechos, privilegios, feudos y créditos en todo el Imperio; y amenazando con las mismas penas á todo el que protegiera ó diera asilo á un perturbador de la tranquilidad pública, debiendo comparecer todos ante los tribunales y aguardar su decisión.

También se instituyó la cámara imperial compuesta de un juez, un príncipe, un conde ó un baron eclesiástico ó seglar y diez y seis asesores; de los cuales ocho por lo menos eran caballeros, y ocho doctores nombrados por el emperador, á propuesta de los Estados; debía sentenciar en primera instancia y á pluralidad de votos, según el derecho común, sobre las diferencias de los miembros inmediatos del Imperio, sin restringir la jurisdicción de los Estados sobre sus súbditos, estableciéndose en Francfort, y el emperador consintió en que la sentencia de destierro se pronunciase por ella. De esta manera en el tribunal del imperio una parte pertenecía á la ciencia y otra á la elección.

Pareció al príncipe que el tercer proyecto vulneraba los privilegios reales; pero cuando, en ocasión de una nueva necesidad de subsidios para la guerra de Italia, fué propuesto otra vez por los Estados, Maximiliano consintió en la creación del consejo de regencia, para velar sobre la cámara imperial y la ejecución de sus decretos relativos á la paz pública; deliberar sobre lo que anteriormente se hubiese sometido á la dieta; convocar, en los casos extraordinarios, al emperador, seis

electores, y doce príncipes eclesiásticos y seculares. Estaba compuesta de veinte miembros, un elector, un príncipe eclesiástico y otro secular, cinco consejeros nombrados por los electores, un conde, un prelado, dos diputados de las ciudades, uno de los Estados de Austria y otro de los de Borgoña. Los otros seis miembros eran elegidos por el Imperio dividido en seis círculos, á saber: la Franconia, la Baviera, la Suabia, el Alto Rin, el Bajo Rin con la Westfalia y la Sajonia.

Esperaba el emperador que le sería más fácil dirigir á veinte señores que á ciento; pero los descontentos no tardaron en nacer: los Estados no representados en el consejo se quejaron; se negó el impuesto establecido para mantenimiento de sus miembros; fué pues disuelto, y desde el año 1502 no hubo ya consejo de regencia ni cámara imperial.

Habiéndose considerablemente extendido los Estados hereditarios, Maximiliano había instituido un consejo áulico para distribuir la justicia suprema, y emitir su parecer en los casos de gracia y administración. A veces le consultaba también sobre los asuntos generales de la Alemania, y se le presentaban las diferencias que acaecían entre los Estados del Imperio, y las apelaciones hechas por los súbditos de los príncipes. Con el trascurso de los tiempos este consejo llegó á ser poco á poco la corte suprema del imperio, en oposición á la cámara imperial, y ocupado enteramente en sostener las prerogativas reales.

Con objeto de dar mejor organización al imperio (1512), se distribuyó después en diez círculos, agregando á los cinco que existían anteriormente, el círculo electoral del Rin, que comprendía los tres electores eclesiásticos y el elector palatino; el círculo de la Alta Sajonia, es decir los electores de Sajonia y de Brandeburgo, con los duques de Sajonia, Pomerania, Mecklenburgo, y los príncipes de Anhalt; la Baja Sajonia, es decir, el antiguo círculo de Sajonia; en fin, las posesiones hereditarias del emperador y las del rey de España constituyeron los círculos de Austria y Borgoña; la Prusia y la Bohemia quedaron fuera de esta repartición geográfica. Cada círculo tuvo un capitán y algunos consejeros, para velar por la paz pública y ejecutar las sentencias de la cámara Imperial.

CAPÍTULO II

ITALIA. — SAVONAROLA.

La Italia, sobre la cual todos los extranjeros dirigían miradas de envidia, se convirtió en el campo de batalla de las ambiciones y de los intereses; y los movimientos de toda la política europea recibieron de ella su secreto impulso (1). Había caminado allí la civilización á pasos de gigante; y así como los extranjeros acudían devotamente en peregrinación al solio de los apóstoles, también iban á buscar allí inspiraciones, ejemplos, ardor en las indagaciones literarias, libertad en las discusiones, experiencia en las franquicias políticas, y volvían á ilustrar á su patria con las luces de que la Italia era el foco. El amor á las letras era reputado un deber de los príncipes; Cosme, padre de la patria, tenía cuarenta y cinco copistas para proveer de libros su biblioteca, y Lorenzo de Médicis reunía lo selecto de los sábios, hacia cantar por la calle versos que componía, organizaba las mascaradas, y se mostraba verdaderamente magnífico en toda su conducta. Reclamaba el rey de Nápoles, por premio de su reconciliación con él, un hermoso manuscrito de Tito Livio. Federico, duque de Urbino, contaba en Florencia y otros puntos cuarenta amanuenses y gastó sólo en copias 30.000 ducados. Francisco Esforcia enviaba á Toscana personas con encargo de comprar para él cuantos libros lo mereciesen, y de reunir todos los escrito-

res posibles. Véanse los fugitivos griegos encargados á la vez de la educación de los príncipes, de las misiones diplomáticas y de la conclusión de los tratados. La corte de Luis el Moro reunía los talentos de la más elevada categoría, el arquitecto Bramante, el músico Franchino Gaffuri, el matemático Lucas Paciolo, Gabriel Pirovano y Ambrosio Varese, médicos y astrólogos, el gran pintor Leonardo de Vinci, los literatos Demetrio Calcondila, Jorge y Julio Merula, Alejandro Minuciano, Julio Emilio Ferrari, Donato Bossi, historiador y jurisconsulto; Pontico Virunio, erudito y hombre de Estado: todos entonaban á porfía alabanzas en favor de aquel príncipe; el florentino Bernardo Bellincioni era su poeta laureado; Bernardino Corio y Tristan Calco, sus historiadores. Andres Cornazzano cantaba en tercetos el arte militar; Bartolomé Calchi, Tomás Piatti y Jacobo Anticuaria favorecían las letras, rivalizando con su señor que fundó la universidad de Pavia, y no pasaba un día sin hacerse leer alguna obra de historia.

La menor ocasión proporcionaba un motivo á fiestas y ceremonias, en las que se desplegaban á la vez el lujo y el buen gusto; el estudio de la antigüedad pulía el estilo y embellecía los edificios, sin sujetarlos á una imitación servil.

Ricos, ocupados en las artes, en las industrias y en el comercio, los italianos no tenían tiempo ni deseo de hacerse soldados, y preferían comprarlos como género de la Arabia y de la India gente sin moralidad porque se batía por oficio, y cuya bajeza contribuía á envilecer cada vez más la carrera de las armas. Sólo algunos pequeños señores continuaban dedicándose á ella, como noble ejercicio de mando. Resultaba de esto que la guerra no se hacía con encarnizamiento, admitía ciertas cortesías y tenía gran cuidado en evitar la efusión de sangre. De esta manera se prolongaban

(1) Los historiadores de aquella época son los grandes escritores italianos: Guicciardini, Varchi, Escipion Ammirato, Jacobo Nardi, Maquiavelo, Pablo Jove y Pedro Bembo, etc. La expedición francesa está admirablemente contada por Felipe de Comines, edición de la *Sociedad de la historia de Francia*, París, Renouard, 1840 y 1843. Entre la correspondencia literaria, relaciones de embajadores, etc. cuyo número é importancia aumentan, las de Maquiavelo son capitales.